

EL PRINCIPADO DE SEALAND: ¿FRAUDE O REALIDAD?

A veces el destino nos sorprende de manera inusitada. La historia nos ha demostrado en múltiples ocasiones que la mayor maravilla del mundo puede surgir en el lugar que uno menos se espera y en las circunstancias más extravagantes. Tal es el caso del Principado de Sealand, el que para muchos es el estado más pequeño del mundo y para otros la farsa más grande de la Europa moderna.

La historia es sencilla: Paddy Roy Bates, un radioaficionado veterano de la II Guerra Mundial, desea emitir una señal de radio pirata. Cansado de las trabas legales y de la persecución sufrida en su país (que incluso le llegó a costar la cárcel), decide buscar un territorio ajeno a la jurisdicción británica en el que poder llevar a cabo sus peculiares actividades. Entonces se acuerda de Rough Towers: una plataforma antiaérea encargada de defender la entrada al Támesis de los salvajes ataques de la Luftwaffe y que el gobierno de las islas había abandonado a su suerte en mitad del Mar del Norte, en plenas aguas internacionales, al acabar el conflicto. Y allí decide instalarse. Recoge sus bártulos, y se pone en marcha con su mujer Joanne y su hijo Michael. Una vez sobre ella, se autoproclama soberano: el príncipe Roy I. Corría el 2 de septiembre de 1967. El Principado de Sealand acababa de nacer.

Pero era necesario que la joven nación contara con una serie de requisitos indispensables en todo estado soberano. Y así fue como, al poco tiempo de que Sealand viniera al mundo, hicieron lo propio su bandera, su moneda, su selección nacional de fútbol, su constitución y su himno. Sealand se había

convertido en una auténtica nación independiente. Sólo le faltaba el reconocimiento internacional. Sea como fuere, el caso es que la existencia de esta pequeña nación autoproclamada supone una espina en el corazón de la todopoderosa Gran Bretaña, que en numerosas ocasiones, buscando restaurar su honor maltrecho, ha tratado de recuperar, aunque sin éxito, el territorio que antaño despreció. Las victorias sealandesas en los tribunales a este respecto han sido de escándalo: el gobierno

británico no puede hacer nada con él, pues técnicamente queda fuera de su jurisdicción. Ni siquiera le valió aumentar el tamaño de sus aguas territoriales para atrapar a Sealand dentro de ellas y así solucionar el problema de un plumazo, pues Roy I, consciente de por dónde irían los tiros, había tenido la misma idea. Sealand, una vez más, estaba condenada a ser libre.

Desde entonces, todo ha sido peculiar en este minúsculo lugar en mitad del océano, hasta el punto de surgir una espectacular multitud de seguidores y de enemigos. Por un lado están los que ven en Sealand un paradigma de rebeldía romántica y de utopías posibles, la muestra más clara de que en ocasiones David puede vencer a Goliat. Y por otro tenemos a los que lo consideran una absoluta pamplina, el fruto de la mente de un lunático, un sinsentido carente de fundamento que tiene como único propósito llamar la atención y enriquecer a su propietario a costa de un puñado de idiotas. De esta manera ha sido como ha marchado el devenir del Principado de Sealand desde su nacimiento hasta nuestros días: entre la gloria y la miseria. Con los pleitos ganados a Su Graciosa Majestad, las ofertas para hacer una película en Hollywood, los múltiples reportajes publicados en Internet y televisión, el reconocimiento "de facto" de su soberanía se han alternado actos de corrupción, fraude y estafa -incluso asesinatos- ejecutados en el nombre de Sealand. La verdad es que han sido múltiples las empresas realizadas bajo la fama del Principado, aunque no todas beneficiosas para él. Para los que somos aficionados a lo insólito, el caso particular de Sealand es uno de los prioritarios en nuestra agenda. Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos de ahora en adelante. Lo que sí está claro es que no se tratará de algo convencional.

A. ROMERO

BREVE NOTA SOBRE EDUCACIÓN

Las cosas han cambiado mucho desde que yo estudiaba, aunque no soy tan viejo, desde luego: sólo hace diez años que llegué a la universidad. Y sin embargo el sistema educativo ha cambiado tanto desde entonces que apenas lo reconozco ahora que me toca volver a él, esta vez como profesor. Este nuevo sistema tiene como punto de referencia el que se amplía el período de educación obligatoria dos años más, algo a lo que en principio nadie podría oponerse, pues representa en principio dos años más de educación para muchos niños que por su origen o situación social no podrían recibirla. Pero hoy por hoy está claro para casi todo el mundo que este nuevo sistema de enseñanza ha fracasado estrepitosamente y que no sólo no se ha conseguido progresar en la igualdad de oportunidades (las cifras de abandono escolar y absentismo lo cantan) sino que se ha retrocedido. Trataré de explicar brevemente algunos de los motivos.

El primero es que al elevar la edad de escolarización obligatoria se cambió también la edad de cambio de ciclo: antes se terminaba la educación general con doce o trece años, ahora el cambio de Primaria a Secundaria se hace dos años antes. La consecuencia más directa de esto es que si antes un licenciado sólo daba clase a alumnos mayores de 13 años, ahora tiene que dar clase a alumnos dos años menores, algo para lo que sus conocimientos de la licenciatura no sólo es que le sobren, sino que le estorban profundamente. Antes esa función la cumplían a la perfección los maestros, que habían realizado sus estudios de magisterio



y que estaban especializados en esa enseñanza. Ahora un mismo niño puede tener al mismo profesor en primer curso de E.S.O. (con diez u once años) y en segundo de Bachillerato (con diecisiete). Y no sólo es eso, sino que un niño que a los doce años no quiere estudiar y hasta odia el instituto y a los profesores, está condenado a permanecer allí durante cuatro años más, sin que se den medios al profesorado para orientarle. En resumen, se ha conseguido con el nuevo sistema todo

lo contrario de lo que se pretendía, hasta tal punto de que cada vez son más los alumnos que no llegan a la universidad, cada vez son más los institutos que pierden niveles del Bachillerato y cada vez son más los profesores que están deseando jubilarse, porque se sienten frustrados y no pueden ejercer una profesión que en la mayoría de los casos aman profundamente. Ya sé que no digo nada nuevo, que se sabe lo mal que está la Educación, pero no basta con que se sepa, porque son muchos los niños que se pierden cada año, muchas las situaciones insostenibles que se dan en los institutos, que se han convertido en un lugar de almacenaje de jóvenes más que en centros educativos. Y para más inri la educación se ha burocratizado hasta unos extremos en que el profesorado emplea más fuerzas y medios en el cumplimiento de sus funciones administrativas que en el de la educación propiamente dicha. Cada vez más los institutos se convierten en centros de control, más que de enseñanza, y cada vez más eso es percibido por el alumnado, que abandona estos lugares lo antes posible, salvo un pequeño número de afortunados.

Y lo peor es que todo esto se podía haber evitado. Las reformas se han hecho de espaldas a la comunidad educativa y se mantienen también a su costa. La inmensa mayoría de los profesores sabía que el cambio del sistema educativo iba a ser el fin del derecho a la educación en España, pero no pudieron impedirlo. A mí por lo menos me decían que tenía suerte por ser de los últimos que cursaba el Bachillerato Unificado Polivalente, ahora lo que me dicen es que soy joven y que me busque otra cosa, que la educación ya no merece la pena.

D. PASCUAL